

Orestes y Hamlet. Conciencia y corrupción

Eduardo De la Fuente Rocha

Introducción

A TRAVÉS DE los tiempos, el hombre ha querido restaurar lo que las generaciones anteriores corrompieron. Cristo es símbolo universal de dicha acción que restaura la caída de Adán y Eva. Lo mismo podemos afirmar de los héroes, de los revolucionarios, de los agentes de cambio: Marat, Hidalgo, Lenin, Lincoln, Luther King, Mándela, Simone de Beauvoir, *etc.* En este artículo se retoman a dos de ellos, que aunque míticos, representan al personaje que busca la restauración y el cambio, a pesar de que al hacerlo tienen que destruir y enfrentar a su propio sistema, a su familia, a su sociedad y a las costumbres de su época. Estos agentes del cambio nos muestran, sin concesiones, el proceso psicológico que enfrentaron al iniciar el irreversible recorrido que les tocó vivir. Este proceso se debate entre la conciencia de la necesidad de defender los valores y el miedo. Sabedores del mal existente, ponen en juego su propia vida, su prestigio, su poder y riqueza. Nada importa con tal de conseguir la reinstauración de los valores que han sido dañados.

En este artículo se presentan, primero, algunos antecedentes que permiten enmarcar la acción que se desarrolla en estas obras literarias, así como a sus protagonistas. Estos personajes míticos contienen la filosofía de una faceta del cambio deseada por la humanidad. Por

* Psicólogo, profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

tanto, contienen el germen de la creatividad y de la recreación de los sistemas de vida. Paradójicamente, para poder desarrollar estas semillas y generar un cambio, los protagonistas deben morir. En Orestes, la muerte se da de manera social, y no por ello es menos válida, transformando al héroe hasta llevarlo a una reconstrucción total basada en la sencillez. En Hamlet, se da de manera real, sobreviviéndole el personaje de Horacio, quien carga con la responsabilidad de ser testigo y agente seguidor del cambio.

Acercarnos a Hamlet y a Orestes es acercarnos a un mismo personaje, a nosotros mismos, al héroe que llevamos dentro y que espera nuestra decisión para manifestarse.

Antecedentes de Orestes

La tragedia de Eurípides (480-406 a. de C), *Orestes.*, representada en el año 408, se desarrolla en el palacio de los Átridas, en Argos. El mito se deriva de los hechos históricos relativos a los aqueos. Estos organizaron su principal núcleo de dominación en la Argólida, donde se adueñaron de las viejas ciudades de Argos, Tirinto y Micenas, cuya dependencia de los reyes de Creta se modificó a favor de los invasores, raza guerrera que acabó con la dinastía de Minos. Entonces, pasó la supremacía del Egeo a la casa real de los Átridas fundada por Atreo en Micenas, foco de la nueva civilización micénica que recogió la gerencia cretense.

Cuando Tiestes subió al trono de Micenas, los dos hijos de Atreo, Agamenón y Menelao, fueron desterrados a Sición. Más tarde regresaron a su patria, expulsaron a Tiestes a Citera y acordaron que tomara el poder Agamenón. Este se casó con Clitemnestra, que era la hija del rey de Esparta, Tindareo y de Leda. Pero Clitemnestra no deseaba este matrimonio porque Agamenón había matado a su primer esposo, Tántalo. Al final tuvo que aceptar su matrimonio con Agamenón y tuvo con él cuatro hijos: Ifigenia, Electra, Crisótemis y Orestes.

Menelao dejó Micenas y se estableció en Esparta, donde se casó con otra hija de Tindareo o Tíndaro, Helena. En realidad, Helena era

hija ilegítima de Tindareo: en una noche, Leda, su esposa, se había acostado con él y con Zeus quien, para acercarse a ella, se había transformado en cisne. Sus hijos fueron Clitemnestra, Helena, y dos gemelos, los Dioscuros, Castor y Pólux. Clitemnestra y Castor eran hijos legítimos de Tindareo, mientras que Helena y Pólux, eran hijos de Zeus. Helena era impresionantemente bella y desde pequeña su fama se extendió por toda Grecia. Cuando llegó el momento de casarse, muchos pretendientes se presentaron en el palacio. Tindareo, dejó que ella misma eligiera a su marido, y temeroso de que los demás pretendientes no respetaran la decisión de su hija, los obligó a que juraran no hacer nada en contra de la pareja y que la apoyaran cuando llegaran a necesitar algo. Helena se casó finalmente con Menelao y tuvieron una hija llamada Hermione.

Diez años después de su matrimonio con Menelao, Paris, hijo del rey de Troya, Príamo, visitó Esparta con el propósito de raptar a la bella Helena.

El rapto no ocurrió exclusivamente con la iniciativa de Paris, sino que fue realizado por los dioses durante las bodas de Peleo y Tetis. En ese entonces, la diosa Eride, la discordia, arrojó entre las diosas una manzana de oro del jardín de las Hespérides con la inscripción "A la más bella". Inmediatamente surgió una disputa entre Hera, Atenea y Afrodita, y Zeus se negó a decir cual de las tres era la más bella. Las envió entonces con Hermes al monte Ida para que el pastor Paris dictaminara. Experimentado como era en asuntos de belleza y amores, debía decidir cuál era la más bella. Las tres candidatas ofrecieron regalos a Paris: Hera le prometió riquezas y el dominio de toda Asia, Atenea, belleza, inteligencia y victoria en todas sus batallas, y Afrodita el corazón de la bella Helena de Esparta. Al final, Paris se decidió por la diosa del amor provocando así la cólera de Hera y Atenea.

Tras recibir la manzana de oro, Afrodita condujo a Paris a Esparta, donde fue hospedado en el palacio del rey Menelao. Pero Menelao tuvo que ausentarse en un viaje a Creta. Durante su ausencia, Paris raptó a Helena quien no tardó en enamorarse del príncipe y se fueron a Troya. De acuerdo con otra tradición, antes de llegar a Troya, los

dos jóvenes fueron a Egipto, donde Helena permaneció bajo la protección de Proteo, mientras que Paris regresó a su país llevando consigo una imagen de Helena. Cuando Menelao volvió de Creta y se enteró del rapto, decidió, con su hermano Agamenón, organizar una campaña militar en contra de Troya para recuperar a la bella Helena. Fue así como se inició la guerra de Troya en la que participaron la mayoría de las ciudades griegas, así como los anteriores pretendientes de Helena que habían prometido a Menelao su apoyo.

El átrida Agamenón encabezó con el tesalio Aquiles y Menelao de Esparta la coalición de los pueblos griegos en la guerra de Troya, o Ilión, ciudad situada en Asia Menor, a la entrada del Hesponto (estrecho de los Dardanelos). La guerra duró diez años (1194-1184 a. de C.), y terminó con la destrucción de Troya, cuyas ruinas han sido desenterradas por Schliemann y otros arqueólogos. Al final, el ejército griego logró vencer a Troya. Menelao recuperó a Helena o, de acuerdo con otra versión, vagó por el mundo conocido hasta llegar a Egipto para encontrarla cerca de la tumba de Proteo. Luego regresaron a Esparta, casaron a su hija con Neoptólemo, el hijo de Aquiles, y vivieron muchos años felices. Cuando murieron, fueron sepultados en Terapne y fueron adorados como dioses, pues Zeus los elevó a los cielos y los hizo inmortales junto con los hermanos de Helena, los Dioscuros.

Por otra parte, Agamenón no tuvo el mismo destino de honores como su hermano. Al contrario, La Moira, el destino, le había reservado un severo desenlace en su vida. Cuando se inició la campaña en contra de Troya, se vio obligado a sacrificar a su hija Ifigenia en Aulide para aplacar la ira de la diosa Artemisa, y permitir así que soplara el viento.

Durante su ausencia en la guerra, Clitemnestra se unió a Egisto y vivía con él en el palacio. Su hijo Orestes, fue desterrado lejos de su patria y las dos hijas, Electra y Crisótemis, permanecieron en Micenas, pero profundamente infelices por las desgracias que aquejaban a su familia. De acuerdo con otra versión, Clitemnestra obligó a Electra a

que se casara con un pastor y a que se instalaran fuera de la ciudad para que no amenazara a la pareja ilegítima que formaba con Egisto.

Después de la guerra con Troya, Agamenón regresa victorioso, trayendo como parte del botín a Casandra, hija del rey de Príamo, quien le ha predicho su muerte en caso de regresar, pero a quien no hace caso.

Cuando Agamenón regresó de Troya, mientras se baña, su mujer en confabulación con su amante Egisto, lo envuelven en una red y lo asesinan. También Clitemnestra asesina a Casandra. Entonces, Egisto ascendió al trono de Micenas y se mantuvo en el poder por siete años. Pero volvió Orestes decidido a recuperar el trono de su padre y a vengar su muerte. Con la ayuda de Electra y de su amigo Pílates, mató a Egisto y a Clitemnestra. Pero el asesinato de la madre era uno de los crímenes más serios, y así el trágico héroe fue perseguido sin piedad por las Erinias y tras muchas aventuras llegó a Táuride. Allí vivía su hermana Ifigenia, quien poco antes de ser sacrificada en Aulide, había sido salvada por la misma Artemisa, pues la diosa se compadeció de ella y la salvó.

Los habitantes de Táuride tenían la bárbara costumbre de sacrificar a todos los extranjeros que llegaban a su país. Ifigenia, que tenía en el templo de Artemisa el deber y la responsabilidad de llevar a cabo esta obra, se preparó a sacrificar a Orestes sin conocer su identidad. En el último momento, los dos hermanos se reconocieron, y tras grandes peligros, lograron huir de Táuride, llevándose consigo la estatua ritual de madera de Artemisa. Llegaron a Braurona, en el Ática, y fundaron el gran santuario de Artemisa. Orestes, consultó el oráculo de Delfos y se fue a Atenas a ser juzgado en el Areópago. Al final, con la ayuda de Atenea que votó por su inocencia, fue exonerado de sus crímenes.

En la Argólida, principal dominio de los Aqueos, el último de los átridas fue Tisamenos, hijo de Orestes, quien fue sustituido por la dinastía doria, de los supuestos descendientes de Hércules.

Antecedentes de Hamlet

La muerte sin sucesión de la reina María, hija de Enrique VIII y su segunda mujer Ana Bolena, llevó al trono a Isabel (1558-1603). Había sido educada en el protestantismo, cuya fe coincidía en la nueva soberana con el interés del partido. Los treinta y nueve artículos (1563) establecieron la organización definitiva de la Iglesia Anglicana. En política exterior, se firmó la paz con Francia, por el Tratado de Troyes (1564), con renuncia a las pretensiones inglesas sobre Calais, mediante una indemnización de 220 mil coronas. En cambio, fueron constantes las hostilidades con España, aunque la guerra no se declaró formalmente hasta 1588. Tras el descubrimiento de Colón, España había conquistado a América, mientras Inglaterra comenzaba a amenazar con su poderío por todos los medios. El gobierno de Isabel ayudó a la rebelión de los Países Bajos y toleró las agresiones de los marinos ingleses Drake, Raleigh, Hawkins y Gilbert contra los puertos y galeones españoles. De 1577 a 1580, se remonta la circunnavegación del globo llevada a cabo por Sir Francis Drake. Es el tiempo en el que se da el descubrimiento del tabaco, de las patatas y de otras muchas cosas hasta entonces desconocidas en Europa. Es el tiempo de nuevos y fabulosos comercios, de imprevisibles enriquecimientos por el oro y la plata de México y del Perú, y de aterradores saqueos. La sangre corría a ríos. Las ciudades, incendiadas unas y devastadas a ras del suelo otras, ya no podían contarse, mientras en Europa, muchas naciones estaban empeñadas en arrancar siempre nuevas tierras a la naturaleza, a costa de enormes fatigas y de verdaderas matanzas. A su vez, los agentes de Felipe II participaban en las conspiraciones contra Isabel e instigaban a los rebeldes en Irlanda. En 1587 fue ejecutada María Estuardo, confinada en Inglaterra desde 1568 y acusada de conspirar de acuerdo con España. Como castigo, Felipe II preparó el desembarco en Inglaterra que habían de realizar los tercios españoles de Flandes; pero el plan fracasó, con el desastre de la armada invencible (1588). En este periodo, se da el enfrentamiento de la armada inglesa con la española, saliendo victoriosa la inglesa. El poderío inglés se inició con este predominio. Son precisamente Inglaterra y España, o

sea, las dos naciones más comprometidas en esta lucha a sangre y fuego, las que dan el teatro más válido de su tiempo. Y no debió tratarse de una mera casualidad, sino de un fenómeno estrechamente ligado al clima espiritual y a los muchos acontecimientos sociales que por aquel entonces se manifestaron en estos dos países. Este hecho favorece el que en la dramaturgia inglesa se comiencen a escribir comedias de crónica, de las cuales, tenemos el ejemplo en Shakespeare de *Enrique VI* y *Ricardo III*, escritas entre 1591 y 1593, respectivamente.

Cuando Shakespeare empezó a trabajar, hacía casi cien años que se había descubierto América. Europa estaba recién salida de la Edad Media. Los Estados todavía luchaban entre sí, no sólo en Europa, sino en todo el mundo. Puede decirse que el teatro isabelino nace con la nueva Inglaterra. Y a esta nueva Inglaterra la crean, por un lado, los grandes estadistas, con la reina Isabel a la cabeza, y por otro, los corsarios mencionados que asaltan las colonias españolas del nuevo mundo y entorpecen continuamente su tráfico marítimo.

El público Isabelino gustaba de las traiciones, venganzas, pasiones huracanadas y sangre a torrentes. Shakespeare hace todavía más con el deslavado argumento mítico escandinavo, al crear una rica red de relaciones humanas, que interrelaciona a los personajes principales, todos admirablemente delineados. Les liga toda una suerte de lazos de amistad, políticos, de servidumbre, pasionales, entre hermanos, entre esposos, del padre Polonio con sus hijos, del hijo con la madre, y con todo ello nos ofrece un cuadro claro del ambiente en que la conciencia de Hamlet debía debatirse. Con sus palabras, Hamlet se convierte en un duro crítico de la decadencia de los sistemas de todos los tiempos, mostrando, en contraste, la sencillez humana en el trato hacia los sepultureros, hacia los centinelas y hacia los actores trashumantes. La duda Hamletiana trasciende, además, el nivel personal para mostrarnos descarnada la esencia de una tradición plagada de contradicciones, y ver así cómo una nueva escala de valores, los del humanismo, deben abrirse paso, arduamente, en un mundo que se caía a pedazos. En Hamlet se observa al nuevo revolucionario cuyas

maneras de vivir están ligados al viejo régimen, cuyos ideales y lealtades pertenecen al nuevo, y quién, por una especie de exhibicionismo, se siente obligado a decir la verdad de ambos.

En siglo XX se encuentran numerosos ecos, resonancias y puntos de contacto con el siglo XVI. El Shakespeare de nuestro siglo, más cercano al Shakespeare, el autor, y a todos los Shakespeare que vieron todos los siglos anteriores, revive una vez más con mayor pujanza y da luz a nuestra vida y época.

De nuevo vivimos una época de cambios vertiginosos en todos los sentidos. De nuevo los hombres nos sentimos simultáneamente, para decirlo en palabras de Bertold Brecht, "hijos del pasado y padres del futuro", o como decía Kafka, "soy un final y un principio". De nuevo vemos derrumbarse a nuestro derredor valores que parecían inmutables tan sólo unas pocas décadas atrás. De nuevo se dan la mano el escepticismo paralizante y los sueños alocados, el cinismo maquiavélico y la euforia más candida, el apego por todo lo viejo y la más generosa rebeldía, la angustia metafísica exacerbada por los jinetes del Apocalipsis y la fuerza interior centuplicada por la fe sin reservas y sin límites en el destino superior del hombre.

La tragedia de Wiliiam Shakespeare (1564-1616), *Hamlet*, fue estrenada alrededor de 1600-1601. El argumento se desarrolla en Elsinor, Dinamarca, durante la época en la que Fortimbrás, sobrino del rey de Noruega ataca a Dinamarca.

El rey de Dinamarca ha sido asesinado por su hermano Claudio, que ha usurpado el trono y se ha casado, sin respetar las costumbres, con la viuda del muerto, Gertrudis. El espectro del padre aparece a Hamlet en la muralla del castillo de Elsinor, le refiere las circunstancias del delito y pide venganza. Hamlet promete obedecer, pero su naturaleza melancólica le obliga a diferir la acción; en tanto se finge loco para evitar la sospecha de que amenace la vida del rey. Se cree que ha turbado su mente el amor de Ofelia, hija del chambelán Polonio, que cortejó al principio y ahora trata cruelmente.

Hamlet comprueba el relato del espectro, haciendo representar ante el rey un drama llamado *El asesinato de Gonzago*, que reproduce las circunstancias del delito, y el rey no sabe dominar su agitación.

En una escena en que Hamlet clama contra su madre, suponiendo que el rey está escuchando detrás de una cortina, saca la espada, pero mata en cambio a Polonio. El rey, decidido a hacer desaparecer a Hamlet, le envía a Inglaterra con Rosencrantz y Guildenstern, pero los piratas-capturan a Hamlet y lo devuelven a Dinamarca. A su llegada encuentra que Ofelia, loca de dolor, se ha ahogado. El hermano de la muchacha, Laertes, ha vuelto para vengar la muerte de su padre Polonio.

El rey, aparentemente, quiere apaciguarlos e induce a Hamlet y a Laertes a rivalizar, no en un duelo, sino en una partida de armas que selle el perdón; pero a Laertes le dan una espada con la punta envenenada. Hamlet es herido ligeramente, por dicha punta. Antes de morir, hiere mortalmente a Laertes y mata al rey, mientras Gertrudis bebe la copa envenenada destinada al hijo. El drama concluye con la llegada del puro Fortinbrás, príncipe de Noruega, que se convierte en el soberano del reino.

La corrupción

Los mitos anteriores nos hablan de situaciones de corrupción que, aunque separadas en el tiempo y en el espacio, tienen una estructura similar. A través de diversos periodos, muestran una manera de leer la historia. La esencia es la misma, un grupo familiar ha logrado acceder al poder. Estos argumentos están dominados por una teoría política y vemos cómo estuvo vigente la política de Maquiavelo aún antes y después de él; pero un Maquiavelo alterado y simplificado que sirve más de etiqueta que de modelo. Pasando por momentos críticos, la familia ha aprendido a realizar diversas traiciones, cuyo efecto le permite dirigir a un pueblo y otorgar la sucesión entre los mismos familiares. La sangre, los asesinatos, las complicadas luchas por la

sucesión al trono, tienen una finalidad bien precisa, con todo ello se busca mostrar cuánto dolor y ferocidad cuesta el poder. A menudo, las pasiones de los personajes privados no se distinguen de las públicas. La enseñanza de las intrigas, de las trampas de la traición, del crimen, del engaño, de la violación de los principios humanos, se ha ejercido y continuado por generaciones y ahora, su práctica, no solamente se da al exterior, pues al fortalecerse la creencia de que la traición es la base del poder, ésta es aplicada en todos los campos y por tanto, en el seno familiar. Y así, logra dar su fruto el árbol de la muerte, presentado cómo una familia pudiente, en la que uno o más de sus integrantes ambicionan el poder, quedando la conciencia poseída por la ambición y carente de valores. La lucha para alcanzarlo los lleva a atacarse y a contraponerse. La envidia acompaña esta lucha para garantizar que sea tomado el bien ajeno, consolidando el desequilibrio social. El dolor es más profundo, porque se da como abuso en el seno familiar, en lo más cercano al individuo, en sus raíces. No se destruye a cualquier miembro de la familia, sino al aspecto positivo y heroico del grupo.

Y, • ¿qué es lo que representan los reyes abatidos por el crimen? Representan el valor, la creatividad y el impulso de Marte, la prudencia de Saturno, la inteligencia de Mercurio, el ingenio de Palas Atenea, la belleza y sensualidad de Afrodita, la luminosidad de Apolo, la capacidad de vivir el placer de Dionisios, la capacidad de expansión y de juicio de Zeus y el amor por la humanidad de Prometeo. En una palabra, la seguridad, la virtud y el orden universal de los dioses.

Se traicionan los valores universales a cambio de la mujer, del dinero y del poder. La corrupción en la familia no solamente se da por el dinero. El poder y la sensación de omnipotencia sobre los hijos, muchas veces es el motivo del crimen que gesta la muerte moral de uno de los padres, para lograr el gobierno del otro.

Unas veces son los varones, y otras las mujeres, quienes se encargan de encarnar la corrupción, manifestándola a través de la traición. Clitemnestra y Helena son mujeres corruptas, capaces de trastocar los lincamientos establecidos. Las dos han traicionado a sus maridos. Gertrudis, por su parte, colabora en el proceso de corrupción,

uniéndose al asesino. La traición de la madre de Orestes, mas que ofender profundamente a Agamenón, al hombre, es a lo heroico de una etapa histórica que está por terminar, a lo que ofende y traiciona. En este caso, lo femenino traiciona lo masculino produciendo en el seno familiar y social una ruptura. Por su parte, Menelao representa, como en el caso de Hamlet, la corrupción masculina, encarnada en un tío ambicioso y cobarde, capaz de despojar al hijo del propio hermano, con tal de asegurarse fortuna y poder.

La traición implica el matar valores, lastimando a los hijos de la generaciones posteriores, que tendrán como labor destruir al corrupto. En Orestes, se mata a la madre, Clitemnestra; en Hamlet, se mata al tío Claudio.

En medio de esta corrupción, aparece la figura de Píldes, amigo de Orestes, símbolo de la lealtad. Lo mismo sucede en el caso de Hamlet, el cual es acompañado por la figura de su leal amigo, Horacio.

Intervienen los dioses y los espíritus, clamando venganza y apoyando a los hombres

A través de los argumentos encontramos cómo los dioses intervienen constantemente en la vida de los hombres, y aunque en ocasiones nos parecen celosos y soberbios, los autores proyectan en ellos la vida de los propios valores. Cuando éstos son olvidados o tomados con exageración, las acciones del hombre lo llevan a su propia destrucción. Recordando a Francisco Goya, no sólo "el sueño de la razón produce monstruos", sino también el de los valores, el de los sentimientos, el de los anhelos y el de cualquier aspecto del ser humano, así como la aplicación exagerada de cualquiera de ellos.

La intervención de los dioses es la acción del propio equilibrio universal, que tiende siempre hacia el justo medio. Y así como un pueblo que vive en la opresión, tarde o temprano, para librarse de ella, llegará a la revolución; así, también los valores humanos oprimidos,

terminan por intervenir en la vida de los hombres, con consecuencias funestas, cuando la corrupción ha llegado al límite.

Lo anterior, puede verse en el ejemplo de Agamenón, que al matar a uno de los venados se atreve a compararse con la diosa Artemisa. Esta le castiga severamente, exigiendo que su hija Ingenia sea sacrificada en Aúlide, de lo contrario, no permitirá al viento soplar y favorecer la partida de los barcos para la campaña de Troya. Sin embargo, un rasgo de bondad se muestra en la diosa al permitir, en el último momento, que Ingenia sea sustituida por un venado.

La intervención de los dioses también puede observarse en el caso de Orestes, cuando llega a la edad adulta y regresa al palacio, disfrazado, y con ayuda de su hermana Electra, se propone asesinar a su madre y al usurpador Egisto. El asesinato de Clitemnestra lo pide Apolo.

En Hamlet sucede lo mismo, el deseo de justicia proviene del espíritu del padre de éste, y de los cielos que le permiten manifestarse a su hijo para pedirle venganza.

¡Escucha, escucha, escucha!

Si a tu padre lo amaste alguna vez

Véngale del más cruel e inhumano asesinato.

En Hamlet, las apariciones del fantasma al protagonista son presididas por percepciones que tiene el pueblo del mismo fenómeno, e incluso, el grupo que lo percibe es el de los centinelas, hombres poco instruidos pero agudos y perceptivos. Es decir, que la búsqueda de justicia que se pide al protagonista, no es más que la concreción de un deseo ya manifiesto en el resto del grupo.

En el caso de Orestes, como ya se mencionó, es Apolo mismo quien le manda matar a Clitemnestra. Febo, en cuya memoria se instituyeron en Delfos las solemnes fiestas que conmemoraban el inicio de la estación de la luz y del calor, y que se realizaban durante la primavera cuando la naturaleza estalla en una sinfonía de vida, pide a Orestes dar muerte a su propia madre. El dios del día, de las artes, de las letras, de la ciencia médica que tan sabiamente transmitió a su hijo, el más amable y hermoso de todos los dioses, aquel cuyo adjetivo apolineo,

representa los ideales de perfección y de belleza, es quien pide la destrucción y el matricidio con las siguientes palabras:

Mata a quien dio muerte y cual toro fuerte revuélvete contra ellos para recuperar tus caudales. De no hacerlo, tú pagarás las torturas de aquella amada alma con tu vida misma y con dolores sin igual y descubre las desdichas que de la furia de las Erinias nacen.

También le anuncia tremendos males en una serie de funesta riqueza, diciendo:

La lepra, con su diente insaciable, ha de roer tus carnes y tus cabellos quedarán blancos manchados de podredumbre. Y en las profundas tinieblas pavorosas habrás de ver centelleante el ojo de tu padre y el dardo de su encono que te arroja desde la hondura del Hades. Es el castigo que dan las vengadoras a los deudos que no reparan con la muerte la injuriosa muerte de los suyos. Y te arrojarán desterrado de tu país, rabioso huyendo en el pavor nocturno, como si un flagelo de hierro te fuera azotando. A un hijo descastado que no supo vengar la muerte de su padre, nadie lo admite, ni a acercarse a las aras, ni a participar de las libaciones, ni a beber en la copa común ni a alojarse bajo techo alguno [...] De todos odiado, a todos repulsivo para ir a morir en lugar infame y quedar con el cuerpo sin sepultura.

Cuando los dioses hablan, es decir, cuando los valores humanos claman venganza, la vida del hombre es dirigida por fuerzas que vienen de lo profundo. Como nos dice Orestes, "esclavos somos de los dioses, buenos sean ellos o malos".

Las dudas. La lucha interna

Al hacerse consciente la petición que la vida le hace al héroe, aparece el asombro, la ansiedad y la resistencia, con el miedo a la muerte que

viene acompañando el dictado de los dioses. No da crédito a la solicitud del fantasma o del oráculo. No se trata de destruir cualquier aspecto sin importancia de la sociedad, sino uno que atañe directamente todas las manifestaciones vitales del héroe, le cuestiona y pone en duda el sentido de su vida. Se trata de la corrupción de la propia familia, que al aceptarla como un hecho, le cambia por entero la perspectiva que tiene de sus seres amados, del valor de éstos y del origen de su propio poder.

Duda Orestes atónito cuando escucha a Apolo pedir la muerte de su madre y piensa que se trata de un espíritu negativo. "Este el oráculo fue -dice— ¿Debo creer o no en él ? ¿Habré de oír su mandato? Y aún sin hacer caso de él, el hecho tiene que consumarse... Todo me lo persuade: mis ansias, la orden de los dioses, la dolorosa amargura por mi padre, la pobreza que me agobia, la liberación de esta noble raza conquistadora de Troya... Ah, tiranizada hoy."

Menelao, cultiva la duda en Orestes cuando le dice "¿ Te ha aprovechado en algo vengar a tu padre ? Y añade, refiriéndose a Apolo, mal conocía el dios el bien y la justicia."

Orestes conflictuado dice: "¡Yo obedecí a Apolo! El desde Delfos, ombligo del mundo, dicta sus oráculos verídicos, y hemos de ser dóciles a su enseñanza. El me mandó que matara a mi madre. ¿ Qué iba yo a hacer ? ¿ No era él capaz de quitarme toda la mancha, ya que sobre él recae la culpa? Y, ¿ ahora qué? Si el que llega no me salva, ¿qué me queda? ¡Morir!"

Los lazos femeninos y masculinos del héroe, entran en juego, alternando su acción, para llevarlo de la sorpresa a la consumación del acto justiciero. Así, Electra, lo femenino, fomenta con odio el crimen para que la acción masculina de Orestes, en cambio, plasme la venganza. Electra es un ser activo que impulsa al cambio, Orestes es el ejecutor que cumple pasivamente los designios. Hay un momento en el que Orestes duda sobre si vengar al padre, diciendo: "¿No será un numen funesto que me habló en nombre del dios ? ¡Febo, oh Febo... que loco oráculo el tuyo!"

Lo importante es el cambio, y la duda se presenta entre el permitir que el desorden en las cosas continúe o evitarlo, arriesgando con ello la propia vida y enfrentando el miedo a la muerte. Ser o no ser, nos

dice Hamlet con su monólogo, en el que se plasma el dilema de acabar con lo corrupto enfrentando el miedo a la propia destrucción, o permitir que todo siga igual:

Ser o no ser: Este es el dilema:
 si es más noble a la luz de la razón
 padecer las pedradas y flechazos
 de la afrentosa suerte, o empuñar las armas
 contra un mar de aflicciones
 y terminar con ellas combatiéndolas.
 Morir: dormir. No más.
 Y pensar que al dormir le damos fin
 a las congojas y las mil desdichas
 naturales herencia de la carne.
 Final es ese, digno de anhelarse
 con devoción. Morir:
 dormir. ¿Dormir? Quizás soñar.
 Mas ¡ay!, he aquí el obstáculo;
 porque en el sueño de la muerte ¿cuáles
 visiones pueden asaltarnos, luego
 de habernos despojado de este mortal ropaje,
 es algo que nos hace vacilar.
 Y ésta es la reflexión
 que a la desgracia da tan larga vida;
 pues si no, ¿quién querría tolerar
 los latigazos y las burlas del tiempo
 la opresión del tirano, la afrente del soberbio,
 de un amor desairado las congojas,
 las remoras legales, la insolencia
 del alto funcionario y los vejámenes
 que el virtuoso recibe paciente del indigno,
 cuando él mismo podría darse el descanso
 con un simple puñal? ¿Quién querría soportar
 esas cargas y gruñir y sudar

bajo el peso de una vida tediosa,
 si no fuera que el miedo a lo que existe
 más allá de la muerte
 esa ignota región cuyos confines
 no vuelve a traspasar ningún viajero
 frustra la decisión y nos obliga
 a preferir los males que tenemos
 que no volar hacia otros que ignoramos ?
 Y la conciencia así nos acobarda a todos
 y el ímpetu inicial de la resolución
 se atenúa bajo el pálido velo del pensamiento
 y las empresas de mayor aliento
 e importancia, con estas
 meditaciones extravían su curso
 y el nombre de acción pierden.

La lucha interna continúa hasta sentirse perdidos, acabados, muertos. Electra dice a Orestes mientras duerme: "¡Perdidos somos, sí, perdidos somos él y yo! Somos sombras que vagan y ya estamos muertos. ¡Sí, tú, Orestes, ya entre los muertos reposas!"

Y al despertar, Orestes dice: "¡Dulce encanto del sueño, auxilio contra todos los dolores, cuan dulce a mí te llegas, a su debido tiempo! Creer que se duerme es un consuelo y un escape para el que está predestinado a morir."

Preparación y ejecución del asesinato de lo cercano y familiar

En el caso de Hamlet, la preparación es la de un humanista que antes de asestar el golpe, primero investiga, se convence, comprueba si sus sospechas tienen fundamento. En el caso de Orestes, es un creyente que se apoya en los designios del oráculo de Delfos, dictados por la Luz de Apolo que pondrá un límite al crimen en la familia de Pelópidas. No cuestiona, sólo obedece.

Se desarrolla la lucha de las polaridades. Orestes y Hamlet son la fase masculina y activa destinada al crimen. Personajes vitales, rectos de ánimo, por más que parezcan locos, como Quijotes, valientes, leales, al servicio de una misión que imponen los valores mismos, destinados a concluir con la corrupción interna, a purificar lo adulterado.

No se trata de combatir cualquier defecto de la sociedad, se trata de acabar con la corrupción del grupo al que naturalmente se pertenece y del que se han adquirido valores y defectos. Su destino es poner fin al mundo del cual surgieron, para rescatar la pureza de la semilla humana, y con ello, participar en la liberación de la pareja, de la familia, de la sociedad, de la época, y de la humanidad. Y el aceptar su papel de criminales de lo aborrecible, los coloca de inmediato dentro de lo aborrecible, dentro de lo odiado y rechazado por la sociedad, tal y como le dice a Orestes la propia Clitemnestra en el momento de su muerte: "¡Osado intentas matar a tu madre: por amor a tu padre llevarás en la fama un nombre de eterna abominación!"

Orestes no tiene salida. El mismo destino cruel de abominación le espera si cumple o no, las peticiones del oráculo. Estos protagonistas son los últimos representantes de una generación heroica esclava, y los primeros de una nueva generación más humana que vivirá la esperanza de una atmósfera de libertad, pagada con la suerte amarga, de su muerte prematura. Tristeza, condena y expiación. Seres expuestos al sacrificio. Cuando tenían que vivir es cuando mueren, ya sea moral o materialmente.

Ofelia e Ingenia, son la contraparte femenina y pasiva del mismo sacrificio. Electra la parte activa, que nos dice: "¡Madre, tú que me diste la vida, has muerto, has muerto! ¡Habías matado al padre y pierdes a los hijos de tu sangre nacidos!"

Ambas polaridades deben intervenir, reunir sus potencialidades, integrarse, fundirse, consagrarse para después confundirse como parte de una misma naturaleza.

Por una parte, la mujer se presenta como símbolo del desamor en la reina Gertrudis y en Clitemnestra, causas del dolor y la desgracia,

mujeres que reposan en el lecho infame, y por otra, como símbolo del ser amado en Electra y Ofelia.

El hombre corrupto se manifiesta en el rey Claudio y en Egisto, asesino no sólo de Agamenón, sino también de Atreo. Son símbolos de la ambición y de la hipocresía. Símbolos de la traición también representados en Helena. En la lucha no puede esperarse nada de los otros, Menelao no es capaz de defender públicamente a Orestes y Laertes, no sólo no acepta con verdad las disculpas de Hamlet, sino que colabora y prepara su muerte. El propio Agamenón está manchado por la sangre del primer marido de Clitemnestra y por la traición a ésta con Casandra. En la casa de Orestes, siempre hubo sangre.

Durante el proceso se irá preparando la fuerza masculina que habrá de permanecer después del sacrificio y se integra al desarrollo de la tragedia. Horacio y Pílates son símbolos de la reestructuración. Pílates, quien ha ayudado a los hermanos a matar a la madre, decidido a llegar al final, nos dice exaltando el valor de la unión:

Basta, callad. Al hecho dispongámonos. Si pueden las plegarias llegar hasta el profundo abismo de la tierra, las oye él. Tú> Zeus, abuelo nuestro, justicia santa a él y a mí y a ella, los tres en uno por su amor, otorgad el éxito. La causa es única y una la batalla. Y vivir o morir, pero unidos.

Horacio y Pílates son los amigos fieles en los infortunios que "valen más que la bonanza para los marinos tras la tormenta", capaces de permanecer unidos hasta la muerte, poniendo en común todo al servicio del amigo.

Con Horacio y con Pílates, lo justo sustituye a lo heroico, lo sensato a lo violento y la fuerza de la conciencia a la fuerza del destino.

Destierro y muerte-cambio de la historia

Desde el momento en el que Orestes está junto a la pira esperando por los huesos de Clitemnestra, las Erinias, tres doncellas y diosas con

cara de perro, con su aliento de fuego, con sangre en los ojos, con cabellos de serpientes y con brazos que tratan de arrojarlo al tártaro, aterrándolo con locuras y delirios por la sangre derramada de la madre, persiguen y expulsan a Orestes hasta el templo de Apolo en Delfos.

Las furias simbolizan lo femenino que aniquila al vengador. La venganza no puede prolongarse permanentemente. Se requiere volver al equilibrio y éstas se encargan de aniquilar al vengador, que una vez realizada su obra, ya no es necesario. Las propias Erinias habrán de transformarse en las Euménides, es decir, las bondadosas y las portadoras de la gracia.

No podrá haber paz para lo masculino hasta que no vuelva a unirse con lo femenino. Orestes, deberá salir de Argos para morar en el suelo de Parrasia por un año. Cumplido el año, deberá volver a Atenas, y hacer un sacrificio de reparación del matricidio a las tres Euménides.

A Ifigenia, hermana de Orestes, se le inviste como sacerdotisa en Táuride, y mucho después regresa a Grecia con su hermano. La paz será la integración de ellos. Después, los dioses serán los jueces de la causa de Orestes, y gracias a la mediación de lo femenino, de Atenea, aceptan que el asesino sea juzgado en el Areópago de Atenas. En la colina de Ares, dios de la guerra, dará su voto y con él, obtendrá la victoria, gracias, nuevamente, a la decisiva intervención de Atenea.

Es decir, que en el lugar de los enfrentamientos sin táctica, en el lugar de la violencia o de Ares, posteriormente se llega a manifestar Atenea, con las técnicas y las normas del combate y con la batalla organizada. La muerte violenta y salvaje habrá de suplirse por el combate inteligente. La protección de Atenea representa el valor. Atenea, sabia e inventiva, concede esta virtud a los protagonistas de los cambios, al igual que concedió a los aqueos la creatividad, cualidad que les permitió construir el caballo de Troya.

Atenea es la virtud que permanece al lado del héroe durante su travesía, para ayudarle en cada dificultad. Esta virtud manifiesta en el padre, Agamenón, es rescatada también por su hijo Orestes, quien cuenta asimismo con la protección de la diosa. Si por una parte la

corrupción intenta destruir la creatividad, el valor y la iniciativa; el crimen perpetrado en contra de la corrupción devuelve al hombre tales cualidades.

Los aspectos masculinos corruptos también son eliminados y sustituidos, por varones y dioses masculinos. Loxias, el varón que augura en el oráculo de Delfos, cumple con su misión sin falla. La ambición de Claudio por tener el poder de Dinamarca queda destruido con su muerte y la de Menelao de gobernar Argos se diluye con la orden de Apolo de regresar a Troya.

Reconstrucción de la historia

Por medio de este duro peaje pagado a la vida podemos ver el justo final del desequilibrio familiar, y el cómo puede ser restablecido el orden del guerrero y del héroe. El rey que baja al campo de batalla, también es ante todo un hombre. Un hombre humilde como sus conciudadanos, tan valioso como su pareja, tan importante como sus padres, tan trascendente como sus hijos. El héroe es tan solo el hombre justo, el joven que desprecia el libertinaje y se opone rebelándose a la corrupción que le rodea, a costa de su propia vida. Se trata de un héroe en el más alto sentido de la palabra, el cual representa, indirectamente en un reino en el que "algo se ha podrido", la inquieta conciencia universal, que juzga al mundo en general a través de la visión personal del protagonista. Son personajes de mil facetas, dementes, aparentemente frágiles, agresivos, escrupulosos, inseguros y a veces extrañamente alegres. Hombres de mil facetas que se parecen a todos sus semejantes y por tanto intérpretes válidos por representativos de los sentimientos humanos.

Al salir de la escena, los protagonistas, Orestes y Hamlet, dejarán de estar representados en la obra, las ropas quedarán en los camerinos, las luces cambiarán y se apagará el foro. Habrán desaparecido de sus familias y época. Argos verá partir al hijo de Agamenón y Elsinor verá morir envenenado, como a su padre, a Hamlet, pero la historia se habrá reconstruido. El héroe se habrá reivindicado. Los poderes de

los dioses se habrán de manifestar nuevamente en las virtudes del hombre menos ambicioso y más equilibrado, gracias a la presencia de Horacio y de Pílates que dieron en su momento testimonio. Se abrirán nuevos telones y otros actores humanistas retomarán el papel de dichos personajes. Mujeres y hombres lucharán de nuevo, y otros Hamlet surgirán y entregarán su vida para matar en nosotros el daño ocasionado a nuestros hijos por nuestros propios crímenes, gestados corruptamente por el afán desmedido de ambición y poder. Su acción individual dará cambios colectivos. Una y otra vez, nuevos Orestes se presentarán en diferentes épocas, testigos de los dioses y defensores del valor humano.